

Introducción y agradecimiento

Como estudiantes de la Escuela Secundaria Agraria N°1 de Berisso, y en el marco del Programa Jóvenes y Memoria 2025, nos propusimos investigar lo ocurrido durante la última dictadura cívico militar en Argentina, que comenzó en 1976. En lugar de limitarnos a los libros o documentos oficiales, salimos a buscar testimonios vivos: entrevistamos a personas de nuestra ciudad que fueron jóvenes, adultos o soldados en ese tiempo, y que compartieron con nosotros recuerdos, miedos, vivencias y reflexiones.

A partir de esas entrevistas, elaboramos relatos literarios. No son transcripciones exactas de lo que nos contaron, sino recreaciones narrativas, escritas con libertad creativa pero con profundo respeto. Nos permitimos llenar huecos con escenas imaginadas, dar forma literaria a sentimientos, poner en palabras lo que a veces se dijo entre líneas o con los ojos.

Este trabajo no pretende juzgar ni simplificar, sino escuchar y contar, desde múltiples miradas. Cada relato es una pequeña historia dentro de la Historia, y juntos construyen una memoria colectiva que creemos necesario recuperar, especialmente hoy, cuando defender la democracia y los derechos humanos sigue siendo una tarea urgente.

Agradecemos a quienes nos abrieron la puerta de su casa y de su pasado. Esta es nuestra manera de honrar su coraje y su verdad.

Los relatos que siguen nacen de voces reales. Son fragmentos de memorias que todavía resuenan en las calles, en los silencios y en los gestos de muchos vecinos y vecinas de Berisso.

AUTORES: PRADO, DYLAN

PRADO, DANTE

SAAVEDRA, BRISA

SAAVEDRA, SOFIA

FRÍAS, SERGIO

ASTRADA, BRUNO

SUKANEC, MATIAS

GODOY, BAUTISTA

VILLARREAL, ABRIL

TORRES, NICOLÁS

AGUIRRE, TOMÁS

Relato1: "Documento en el pecho"

Cada mañana, antes de salir al colegio, me aseguraba de llevar el documento bien guardado, como si fuera un escudo. Era 1976, y la ciudad olía a miedo.

A algunos compañeros los levantaban del aula, así, sin más. Venían unos tipos de traje o uniforme, nunca sabías bien quiénes eran. Entraban como si el aula fuera una comisaría y salían llevándose a alguien de los pelos. No volvíamos a verlos.

En los libros no se podía tener ni un papel, ni un volante, ni una hoja doblada con una frase política. Si te la encontraban, te llevaban. Así de simple. Así de brutal.

A veces, volviendo del colegio, el micro frenaba en cualquier lado. Subían y gritaban: "Todos abajo". Bajábamos, uno por uno. Nos revisaban. Pedían documentos. A mí me revisaron muchas veces. Yo pensaba: "No tengo nada raro, no hice nada". Pero con los años entendí que eso no importaba. Que a muchos se los llevaban igual.

Había que caminar derecho, hablar bajo, pensar en silencio. Había que vivir con la espalda tensa y los ojos siempre atentos.

Hoy les digo a ustedes, los jóvenes, que no se callen. Que la democracia se cuida con la memoria, con la voz, con las ideas. Que se puede tener miedo, pero nunca dejar de luchar por lo que uno cree.



Relato 2: “Del león a la oveja”

Tenía veinte años y trabajaba como aprendiz en YPF cuando me cesaron. Me quedé sin rumbo, como tantos. Al poco tiempo me llamaron al servicio militar. Me fui hecho un león, como quien va a servir a la patria con el pecho inflado. Volví como una oveja.

Allá no tenés nada. Ni nombre. Ni historia. Tenés número, tenés órdenes, tenés frío. Te dicen lo que sos. Te enseñan a obedecer y a callar. Te forman con la idea de que la patria está en peligro y que vos sos parte de la muralla que la protege.

Y yo lo creí. Muchos lo creímos. Nos dijeron que había que salvar la nación de los subversivos, de los que agitaban, pintaban paredes, repartían volantes, hablaban en voz alta. Y que si vos no estabas en nada "raro", no te iba a pasar nada. Por un tiempo, eso parecía cierto.

Pero con el tiempo, la lógica se torcía. No bastaba con estar limpio. A veces te cruzabas con uno que había desaparecido solo por tener un apellido, o por estar en la foto equivocada. Y vos, soldado, no podías hacer nada. Callabas. Obedecías.

Una vez, en una operación, murieron cuatro compañeros. Nos dijeron que fue en combate, pero nunca aparecieron los papeles. Las partidas fueron borradas, como si esas vidas nunca hubieran existido. También escuchábamos rumores de cuerpos que terminaban en el río, como si las personas fueran basura.

Y vos, que entraste con el pecho inflado, te ibas achicando por dentro. Te ibas vaciando.

No todos éramos iguales. Había superiores que creían en la patria como un valor. Otros que usaban el uniforme como escudo para la impunidad. Y nosotros, en el medio, jóvenes, confundidos, aprendiendo a sobrevivir entre las órdenes y la conciencia.

Hoy miro atrás y no me enorgullezco. Tampoco me condeno. Solo sé que volví distinto. Que la patria no se defiende con miedo, ni con desapariciones, ni con mentiras. Que la obediencia no puede ser más fuerte que la verdad.



RELATO 3: “Las manos de mi abuela”

Tenía cinco años. No entendía mucho. Solo sabía que mis papás trabajaban todo el día y que me quedaba con mi abuela.

Esa tarde el sol entraba por la ventana del comedor. Mi abuela estaba cebando mate. Yo jugaba en el piso con un autito azul. Todo era normal, hasta que los golpes en la puerta sacudieron las paredes.

No fue un llamado. Fueron puñetazos, patadas, gritos. No recuerdo las palabras exactas, pero sí recuerdo las botas. Muchas. Rápidas. Pesadas.

Entraron sin pedir permiso. Nos gritaron. A mi abuela le pidieron documentos, la hicieron pararse, abrir placares, mostrar cajones. Yo no sabía si llorar o quedarme quieto. Ella me agarró del brazo, fuerte. Nos agachamos juntos detrás de la mesa. Me cubrió la cabeza con sus manos, como si fueran un techo. Yo hice lo mismo con las mías. Solo recuerdo eso: las manos de mi abuela apretando mi cabeza, y el temblor.

Los hombres revisaron todo. Abrieron el ropero, tiraron los almohadones, revolvieron los cajones de la cocina. Buscaban “algo raro”, eso decían. Pero no encontraron nada. Porque no había nada. Solo nosotros.

No sé cuánto tiempo estuvieron. Pero cuando se fueron, el silencio pesaba más que las botas. Mi abuela no dijo nada. Solo me abrazó. Y yo entendí que algo muy malo había pasado.

Durante años no hablamos de eso. Como si el miedo también se metiera debajo de la alfombra. Pero hoy lo puedo contar. Porque la memoria no tiene edad. Y aunque era chico, ese día aprendí lo que era el miedo sin saber su nombre.



Relato 4: “Cuando golpeaban la tranquera”

Yo tenía quince años y vivía con mi familia en Los Talas, una zona rural de Berisso donde las cosas pasaban distinto. Lejos del centro, lejos de las escuelas grandes, lejos de los cuarteles.

A los militares casi no los veíamos. La dictadura era algo que se murmuraba en las radios bajitas, o en las charlas entre vecinos, cuando alguien pasaba con el caballo y se quedaba un rato en la tranquera. Así nos enterábamos: “Están haciendo requisas desde la playa La Balandra hacia el centro... cuidado si vienen por acá”.

Y a veces venían.

No llegaban en patrulleros. Aparecían en camionetas polvorientas, de a dos o tres hombres, vestidos con uniforme y cara seria. No hacía falta que mostraran nada. Ni papeles ni explicaciones. El poder se les notaba en la forma de mirar.

Cuando golpeaban la tranquera, sabías que no era para saludar.

Uno abría la puerta. Y ellos pasaban. Así, sin más. Porque tenías que dejarlos. Porque estaba sobreentendido. Porque era así.

Revisaban la casa. A veces preguntaban si tenías familiares en la ciudad, si alguien venía seguido desde La Plata, si habías visto algo “raro”. Y uno decía que no. Aunque no supiera bien qué era “raro”.

Yo, que no entendía del todo lo que pasaba, aprendí a callar. Aprendí que había preguntas que no se hacían, y visitas que no se evitaban. Que el miedo también se sembraba, como la tierra.

No nos pasó nada grave. Pero eso no quiere decir que no pasara algo. Porque vivir esperando que no te toque, también es una forma de estar marcado.



RELATO 5: “El estallido que no fue”

En Berisso, todo giraba alrededor de YPF. La planta estaba ahí nomás, entre La Plata y Ensenada. Era más que una fábrica: era el lugar donde trabajaban nuestros padres, nuestros vecinos, nuestros hermanos. Era pan, era techo, era vida.

Pero en esos años —los del miedo, los de la dictadura— YPF también se convirtió en amenaza.

Corrían rumores. No había diarios que lo dijeran, ni comunicados. Solo palabras susurradas en las casas, en los almacenes, en las paradas del micro: “Dicen que si pasa algo, los militares van a hacer estallar YPF”.

“Dicen que están llenando de explosivos los tanques”.

“Dicen que no les tiembla el pulso”.

Y aunque nadie lo confirmaba, el terror era real. Porque en esa época, uno creía cualquier cosa. Porque todo era posible. Porque los que mandaban no necesitaban dar explicaciones.

Yo era chico, pero me acuerdo. Me acuerdo de mi mamá apagando la radio y diciendo “callate”. Me acuerdo de vecinos que se iban unos días “por las dudas”. Me acuerdo de las sirenas que a veces sonaban y nos dejaban helados.

Y me acuerdo, sobre todo, de mirar hacia la planta desde la costanera y pensar que, si eso explotaba, no quedaba nada. Ni casa, ni escuela, ni ciudad.

La amenaza no se concretó. Pero el miedo quedó. Fue como una bomba que nunca cayó, pero que explotó igual dentro de nosotros.

Años después entendí que esa era también una forma de control: asustar para que nadie se moviera, para que nadie hablara, para que todos supieran quién tenía el poder, y hasta dónde podía llegar.



RELATO 6” Cuando enseñar era callar”

Me acuerdo bien de aquel año. Yo daba clases de Lengua en una escuela privada en el centro de la ciudad. Cada mañana, antes de empezar, teníamos que cantar el himno con la mano en el corazón, y luego escuchar un breve discurso que bajaba desde la dirección: “La patria necesita orden, disciplina y silencio”.

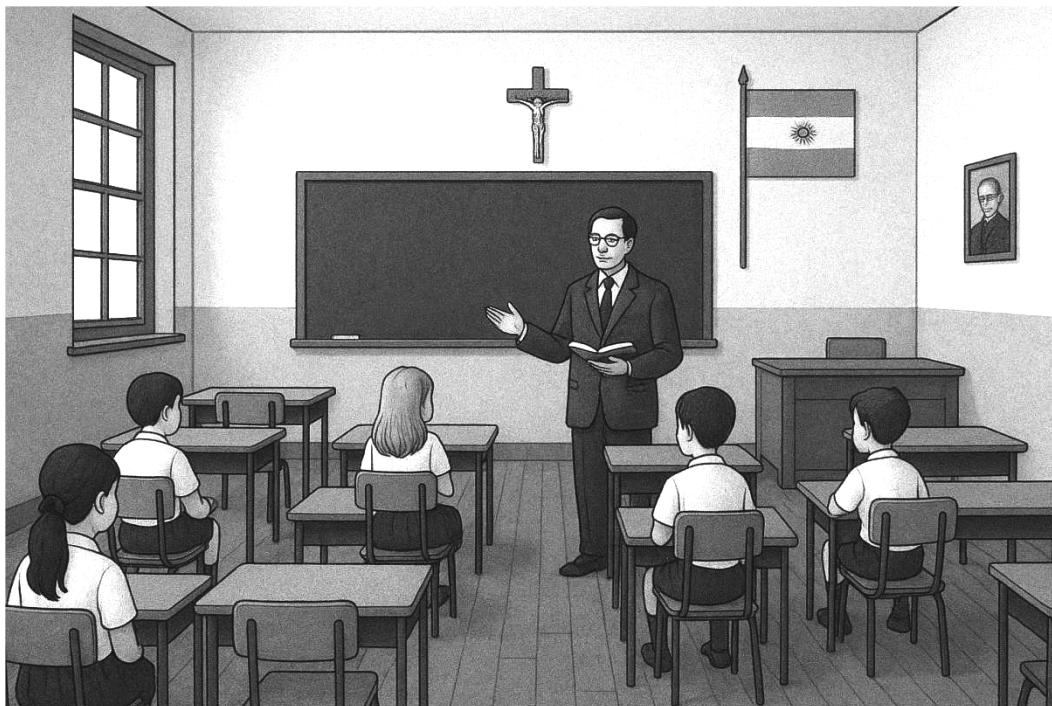
Yo callaba. ¿Qué otra cosa podía hacer? Éramos vigilados, y más de una vez escuché a la directora advertirnos: *“Cuiden lo que dicen en clase, los chicos repiten en sus casas, y nunca se sabe quién escucha”*.

Había alumnos que ya no volvían. De un día para el otro, sus mesas quedaban vacías. La explicación oficial era siempre la misma: que la familia se mudó, que no podían pagar la cuota, que era mejor no hacer preguntas. Yo sabía que no era eso, lo presentía en las miradas nerviosas de sus compañeros.

En las misas de los sábados, el sacerdote hablaba de “los valores de la civilización cristiana” y de la necesidad de “limpiar al país de la suciedad de las ideologías”. Algunos padres aplaudían, y otros bajaban la cabeza. Yo me mordía la lengua.

Una vez me animé a decirle a mis alumnos que la literatura servía para imaginar otros mundos, para aprender a pensar con libertad. Fue suficiente para que me llamaran la atención. La directora me citó: “PROFE, no olvide que aquí formamos ciudadanos obedientes, no rebeldes”. Sentí un nudo en la garganta.

Yo tenía miedo, mucho miedo. Pero también una certeza: lo que estábamos viviendo no era educación, era adiestramiento. Y aunque nunca pude decirlo en voz alta, me prometí recordarlo, para que algún día, cuando todo esto terminara, mis alumnos y mis hijos supieran la verdad: que hubo quienes enseñaban a callar, pero también quienes, aunque temblando, guardaban dentro la palabra para el futuro.



RELATO 7: “Soy un rompecabezas que heredó lucha”

Tenía apenas dos años cuando mi mundo cambió para siempre. Esa madrugada, las botas golpearon fuerte contra el piso y las voces frías de los militares atravesaron la casa. No recuerdo los rostros de mis padres ese día... solo el vacío que dejaron. Me quedé junto a mi hermana gemela y mi hermanita de siete meses, solas, en una casa demasiado grande para tres niñas tan pequeñas.

Pasaron días antes de que un vecino, arriesgándose, le avisara a mi abuela paterna. Ella llegó rápido, con miedo y determinación en la mirada, y nos abrazó como quien rescata algo irremplazable de un incendio.

Durante años, nadie habló del tema. Nos repetían la misma historia:

—Tus papás están en el sur, trabajan en una juguetería.

Esa mentira me hacía soñar con el día de su regreso, imaginando que llegarían cargados de regalos. Pero los regalos nunca llegaron.

Fue mi tía quien rompió el silencio. Una tarde, sin rodeos, me dijo:

—Tus papás no están en el sur... son desaparecidos.

La palabra “desaparecidos” me golpeó, aunque todavía no entendía todo lo que significaba.

En la escuela, el peso de ese nombre caía sobre mí como una sombra. A veces me apartaban, otras fingían que no estaba. Aprendí a esconder mi verdadero nombre y apellido para no ser señalada. Mi identidad se fue armando de retazos: un amigo que me contaba cómo sonreía mi papá, una vecina que recordaba la voz de mi mamá, una foto amarillenta donde ellos me sostenían en brazos.

Hoy, cuando milito, siento que no estoy sola. Siento que ellos marchan conmigo, que me empujan a seguir. Llevo en la sangre su espíritu de lucha. Y aunque me quisieron condenar al silencio, mi voz grita por ellos y por todos los que todavía esperan justicia.



GRACIAS POR TU RELATO MANU!!!

CUENTO DE PRESENTACIÓN Y PROYECCIÓN:

“El que no fui”

Me llamo Daniel. Nací en Berisso en 1957. Mi infancia fue como la de tantos pibes del barrio: pelota de trapo en la vereda, bicicleta con el manubrio flojo, las manos negras de grasa porque mi viejo trabajaba en YPF y yo quería parecerme a él.

Fui a la Técnica 2, la Emilio Rebichini. Me gustaba trabajar con las manos. La electricidad, los motores, las herramientas. Tenía un cuaderno donde dibujaba máquinas que nunca existieron, planos que inventaba mientras esperaba el micro.

Jugaba al fútbol en Villa San Carlos, y los sábados eran sagrados: entrenamiento a la tarde, picada en lo de Mario a la noche, alguna guitarreada. Nada extraordinario, pero lo sentíamos nuestro.

Cuando terminé la escuela empecé en un taller mecánico cerca del canal. A los pocos meses, conocí a Ana. Era de Los Talas. Tenía las manos llenas de tierra porque ayudaba en la quinta de su familia, pero hablaba como si llevara libros escondidos en los bolsillos. Ella me enseñó cosas que no sabía que quería aprender. Me habló de poesía, de Víctor Jara(1), de la dignidad. Y también de tener un perro, plantar un sauce, construir algo más que paredes.

Nos casamos jóvenes. Ella bordó a mano las servilletas del civil. Tuvimos dos hijos: Sofía y Mateo. Ella enseñó en la escuela rural, yo seguí en el taller hasta que abrí una bicicletería. Nos alcanzaba. Algunos domingos íbamos al río con los chicos, con termos, pelotas, y los mates que se lavaban al tercer sorbo. Una vez nos fuimos en tren a Sierra de la Ventana, todos apretados en un vagón de madera. Fue el mejor viaje de mi vida.

Con los años llegaron los nietos. Sofía fue médica. Mateo estudió agronomía y se volvió a Los Talas, a la tierra. Cada tanto nos reuníamos en casa, Ana hacía pastel de papa con huevo duro, y yo ponía los discos de siempre. Nos reíamos. Éramos ruido, abrazos, vida.

A veces, en las escuelas, me invitaban a hablar de cómo era Berisso antes. Les contaba del taller, de la Técnica, del club, de los domingos de feria. Decía que lo importante era no olvidarse de dónde venimos. Hasta que un día, en un acto por el 24 de marzo, escuché mi nombre en la lista de desaparecidos. “Daniel López.

Detenido-desaparecido. Berisso, 1977.”

Y supe, entonces, que esa vida no fue.

Que Ana no me esperó en el altar.

Que Sofía y Mateo no nacieron.

Que nunca abrí la bicicletería, ni viajé a las Sierras, ni acaricié nietos.

Que todo lo que creí recordar fue apenas un eco de lo que me robaron.

Porque me borraron del taller, del club, de la calle.

Porque la dictadura no solo desapareció mi cuerpo, sino todo lo que yo iba a ser.

Una vida entera puede desaparecer en un segundo. Este cuento es por todas las que no llegaron a ser.

1 **Víctor Jara (1932–1973):** Cantautor, poeta y director de teatro chileno. Fue una de las voces más importantes de la **Nueva Canción Chilena**, un movimiento musical que expresaba las luchas sociales y populares en América Latina. Apoyó al gobierno de Salvador Allende y fue asesinado tras el golpe de Estado en Chile en 1973. Su obra sigue siendo un símbolo de la **resistencia, la justicia social y los derechos humanos**.

